PLIEGO

Vida Nueva
3.138. 13-19
DE JULIO DE 2019

Un relato que enamore

La experiencia de una asamblea diocesana

TOMÁS DURÁN SÁNCHEZ
Sacerdote de la Diócesis de Salamanca

Hemos pasado del tiempo de la "fe heredada" al de la "fe perdida". Un contexto espiritual y pastoral diferente, que nos llama a despertar, suscitar, motivar, engendrar la fe en el corazón de las nuevas generaciones. Con el fin de afrontar esta "iniciación" de la "mistagogía" de la fe, y caminar hacia una "fe suplicada", catecumenal y orante, la Diócesis de Salamanca celebró en 2016 una asamblea diocesana que constituyó todo un don para la misión y renovación de la Iglesia local. Ojalá que su experiencia inspire a otras comunidades hermanas en la vivencia de este itinerario eclesial.

La asamblea diocesana celebrada en la Diócesis de Salamanca –plasmada en unas *Orientaciones pastorales*[1], firmadas mediante decreto por el obispo diocesano– no ha querido partir de las carencias, sino desde el impulso pascual, para hacer posible un "relato que enamore" y recuperar así el gozo de evangelizar (*Evangelii gaudium*)[2]. Gracias a los fieles laicos, a los hermanos de la vida consagrada y a los sacerdotes que, con el obispo delante, en medio y detrás, han hecho posible este camino de Iglesia sinodal[3].

I. VOLVER A "LAS HUELLAS DE JESÚS". Pórtico de confesión y aclamación

Muy de madrugada, las mujeres fueron al sepulcro (Mc 16, 1-8), el "primer día de la semana" (Mc 16, 2a), y no encontraron al Señor. Allí reciben el "primer anuncio": "No os asustéis… **Jesús de Nazaret**, el crucificado; ha resucitado, ya no está aquí" (Mc 16, 6). Y añade: "Id y decid a mis discípulos y a **Pedro** que irá delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis como os dijo" (Mc 16, 7).

"A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado" (Jn 1, 18). En este tiempo de la Iglesia que peregrina, vamos a mirar a Jesús y a cantar las "huellas de su amor" (1 Pe 2, 21), a contemplar al Padre y a los hermanos, mediante la alabanza, para encontrar los caminos de renovación espiritual, pastoral y estructural, pues Él es la fuente y "la Luz que nos puede hacer ver la luz" (Sal 35, 10) de la "conversión pastoral y misionera" (EG 25) a la que estamos llamados. Hoy, como siempre lo ha hecho la Iglesia, hay que volver a "las huellas de Jesús"[4] que contemplamos a la luz de la Pascua y guiados por el Espíritu de la Verdad:

- Jesús está vuelto al amor del Padre ¡Cómo no recordar las **"huellas de su obediencia"**! Vuelto al Padre, es "uno con el Padre" (Jn 17, 21), viviendo en actitud filial, "*Abbá*" (Mc 14, 36). Suyo es el "sí. Amén" (Ap 1, 7) al Padre desde antes de la eternidad: "Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo… Entonces dije: 'He aquí que vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad'" (Heb 10, 5.7).
- Jesús vuelto a los hermanos nos pasa el amor del Padre, en las **"huellas de su encarnación"**. Y "la Palabra se hizo carne y puso su tienda entre nosotros" (Jn 1, 14). El punto de arranque es el "seno del Padre", y "se manifestó a nosotros" (1 Jn 1, 2) en la humildad y pobreza de un "pesebre" (Lc 2,7.12.16). "Se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo" (cf. Fil 2, 6-11).
- Arrastrado y conducido por "la fuerza del Espíritu Santo" (Lc 4, 14), comienza Jesús el anuncio del "Evangelio del Reino" (Mt 4, 23), "buena noticia para los pobres… y año de gracia del Señor" (cf. Lc 4, 18-19). Son las **"huellas de su anuncio del Evangelio"**, que nos invita a compartir dándonos su "autoridad" (Mt 10, 1) y enviándonos a compartir su misma misión (Cf. Mt 10, 1-42). Es el pregón de las bienaventuranzas (Mt 5, 1-12), siendo él nuestra primera Bienaventuranza.

• Los evangelios nos presentan a Jesús orante. Son las **"huellas de su oración"**. Así, ora al recibir la misión del Padre (cf. Lc 3, 21-22); al bendecir los panes de la multiplicación (cf. Mt 14, 19); enseña a orar a sus discípulos y les regala su misma oración, el Padrenuestro (cf. Mt 6, 9-15); ora al amanecer, al atardecer y en la noche (cf. Mc 1, 35; Mt 14, 23.25; Mc 6, 46). Ora en la última cena (cf. Jn 17); en Getsemaní, rostro a tierra (cf. Mc 14, 32-36); en la cruz (cf. Lc 23, 34; Mt 27, 46; Mc 15, 34). Y resucitado vive para siempre e intercede por nosotros al Padre (cf. Heb 7, 25).

• Conmovido en su corazón (cf Mt 9, 36), Jesús se acerca a los pecadores y se sienta a comer con ellos (cf. Mc 2, 15-17) y recorre Galilea "curando toda enfermedad y dolencia" (Mt 9, 35). Son las **"huellas de su misericordia"**. Amor que se vuelca con todos, preferentemente con los más pobres, los enfermos, para curar sus heridas, para comenzar en ellos el Reino de Dios y anticipar en sus vidas al hombre nuevo, la humanidad nueva y la creación nueva, liberada del pecado, e inaugurada con su Pascua.

• Jesús, "en la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn 13, 1). Y tomando pan, "lo partió y se lo dio diciendo: 'Esto es mi cuerpo entregado por vosotros…'" (Lc 22, 19), y tomando la copa, les dijo: "Esta es la copa de la Nueva Alianza en mi sangre" (Lc 22, 20) En la Cena del Señor está el memorial de las **"huellas de su entrega por nosotros"**.

• En la entrega de Jesús en la cruz, vemos el exceso del Amor del Padre que nos entrega a su Hijo (cf. Jn 3, 16). Son **"las huellas de su cruz"**. Él mismo se entrega como "pastor que da la vida por sus ovejas" (cf Jn 10, 11.15.18). Y en la cruz del Señor, el Padre "reconcilia al mundo consigo" (2 Cor 5, 19), apareciendo así, en la debilidad, la fuerza y sabiduría de Dios Padre (cf. 1 Cor 1, 17-25).

• Pero el Padre, con la fuerza del Espíritu Santo, levantó a su Hijo del sepulcro, "resucitándolo de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos" (Ef 1, 20). Son **"las huellas de su Pascua"**. Y él se apareció a sus discípulos, "soplando sobre ellos el Espíritu Santo" (cf. Jn 20, 22), uniéndolos en comunión y enviándolos a su misma misión (cf. Jn 20, 21), prometiéndoles su presencia "todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 19).

• Y esperamos la vuelta de Jesús, para que "enjugue las lágrimas de todos los ojos" (Ap 7, 17), y "entregue el Reino al Padre, después de haber destruido todo principado, dominación y potestad" (1 Cor 15, 24), culminando así la obra salvífica del Padre, "que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tim 2, 4). Son **"las huellas de su venida gloriosa"**. Mientras le esperamos y gritamos por su vuelta: *"Maranatá"* (cf. 1 Cor 16, 22; Ap 22, 20).

En esta etapa de la Iglesia, como siempre, hemos de tener "los ojos fijos en Jesús" (Heb 12, 2) y confesarle con la fe del apóstol **Tomás**: "Señor mío y Dios mío" (Jn 20, 28), para poder pisar en sus mismas huellas y alabarle como los primeros hermanos: "Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza" (Ap 5, 12).

II. EL SEÑOR CAMINA A NUESTRO LADO E IMPULSA A SU IGLESIA EN ESTA HORA DE LA HISTORIA

Desde la Luz (Jn 9, 1-41), la Palabra (Jn 1, 1-18), el Agua (Jn 4, 5-42), el Pan (Jn 6, 32-58), la Copa (Jn 15, 1-8) y la Vida (Jn 11, 1-45), que son Jesús mismo en su Misterio, celebrado admirablemente en la liturgia de la Vigilia Pascual, queremos caminar e iluminar el momento que vivimos. Nuestra mirada, encendida en su luz, quiere estar plena de esperanza pascual.

¿Cuál es el contexto histórico, cultural, económico, social, eclesial y vital en el que se realiza este camino sinodal? Lo hacemos dentro de Occidente, en Europa, en España, situados en la llamada "Iglesia en Castilla", en una diócesis del oeste español, en la "España vacía", en la "ciudad universitaria". Asomados, desde Portugal, "balcón al sur" (como lo llamaba **Miguel de Unamuno**), a esos pueblos que viven entre esperanzas y llantos que tantas veces ahogan en sus travesías por el Mediterráneo hacia Europa. Y en medio de una civilización globalizada, en la denominada post-modernidad, que nos hace acercarnos a ella, no con temor, sino como "momento favorable" y "oportunidad de gracia" para un nuevo diálogo entre fe y libertad, alentados por la Gracia depositada en el corazón del hombre y del universo, tal como nos señaló el Concilio Vaticano II.

Por ello tenemos en cuenta lo que nos rodea y envuelve como ocasión de gracia: sabemos de los gozos y esperanzas de la Iglesia local. Valoramos su riqueza en personas y obras, aunque caminemos a una pequeñez grande, pero amada por Jesús; conocemos nuestras cumbres de esperanzas y nuestros valles de desánimos; sabemos de los brotes y gérmenes que adivinamos como futuro, pero también de las inercias personales y estructurales; de la fidelidad de las personas y del cansancio de los mismas…; de los impulsos comunitarios que nos alientan, pero también de las desuniones y faltas de comunión; de la generosa entrega al cuidado de los más pobres, pero también estamos necesitados de vigilar para no permanecer indiferentes ante el sufrimiento humano.

Y esto sucede en una comunidad humana, la de nuestro mundo actual, con un hombre que se debate entre la autonomía y la fragilidad. Gigante y grande en el progreso de las ciencias, las artes, la educación, la comunicación; pero pequeño en los conflictos armados, la integración de culturas y religiones, el hambre, los inmigrantes, los refugiados…, en la acogida y defensa de la vida. En una crisis moral, cultural, social y económica que nos envuelve en la esperanza, por una parte, y en el desconcierto, por otra. Nunca la Iglesia, en su historia, se había encontrado con el desafío de un hombre que cree poder vivir sin Dios.

No olvidamos la tierra sobre la que pisamos y los cielos bajo los que caminamos: la querida "porción de »

humanidad concreta" (**Pablo VI**, *Evangelii nuntiandi*, 62) que es una Iglesia particular. Sus niños y sus jóvenes, sus familias y mayores, sus profesionales y obreros, sus agricultores y ganaderos. Los enfermos, los más pobres, la gente de nuestra ciudad y la de los pueblos. Su destino demográfico incierto, la salida laboral de nuestros jóvenes a otros lugares… La comunidad universitaria y los pueblos deshabitados, las parroquias de la ciudad… ¡Y, cómo no, a sus agentes de pastoral!: desde el obispo hasta los laicos junto con los sacerdotes y consagrados, todos ellos fermento en esta Iglesia particular en orden a transparentar en unidad el rostro de Jesús.

Estamos unidos, desde el corazón de la Eucaristía, al sucesor de Pedro, el Santo Padre **Francisco**, que nos alienta a la alegría (*Evangelii gaudium*), a la misericordia (*Misericordiae vultus*; *Misericordia et misera*), a cuidar la belleza de la Casa que es el universo creado por el Padre y alentado por el Espíritu Santo (*Laudato si'*), a cantar la grandeza de la familia (*Amoris laetitia*), a vivir la llamada universal a la santidad (*Gaudete et exsultate*); y a acompañar, discernir e integrar la fragilidad, ¡en la grandeza y en la pobreza!, del hombre de hoy.

Paralelo al desarrollo de la asamblea, hemos querido realizar un camino de "Iglesia en salida", ya dibujado por *Gaudium et spes*, mediante la actividad denominada "La Iglesia quiere escucharte". Se han tenido encuentros, preparados por las delegaciones diocesanas y con la presencia del obispo en todos ellos, con los siguientes colectivos de la sociedad: universitarios, mundo de la salud, colectivos de arte, personas privadas de libertad, colectivos de la enseñanza, empresarios, asociaciones de vecinos, familia y vida, víctimas de la crisis, pueblo gitano, mundo obrero y sindical, políticos y representes de las instituciones políticas municipales, provinciales y autonómicas, medios de comunicación social, mundo rural, profesionales del tráfico y de la carretera; inmigrantes, sectores de la cooperación internacional, colectivos de la ecología y educación en el tiempo libre, y el mundo de la discapacidad.

III. LA ASAMBLEA, UN RELATO QUE ENAMORE EN LA VIDA DIOCESANA: UN DON PARA UN ENCARGO

Cualquier renovación eclesial no puede ser solamente un acto administrativo-pastoral sin más, sino una experiencia pascual para que pueda ser "una parábola sugerente de futuro". Es poner fuego del Espíritu Santo en el corazón de los miembros de la Iglesia. Es un don, un "perfume que puede ser acogido con gozo" por todos.

¿Cómo alentar esto en el presbiterio, el laicado y la vida consagrada? ¿Cómo impregnar de ello la "gozosa pastoral del día al día"? Este fue el trabajo de estudio, discernimiento y recogida de las propuestas ofrecidas por toda la comunidad diocesana. La asamblea constó de una fase preliminar de presentación y animación, impulsada por una carta pastoral del obispo[5]; y de tres fases[6] en el tiempo:

1. "Es tiempo de enamorarnos de nuevo". Renovación espiritual

Llamada a un encuentro vivo, personal y renovado con Jesús, origen de toda conversión espiritual, que nos llene de alegría por volver al amor primero (cf. Ap 2, 4). Los encuentros de Jesús en el Evangelio son fuente de inspiración para un inicio de la fe y de una relación nueva y viva con él. "Si conocieras el don de Dios…" (Jn 4, 10), dice a la samaritana, que cambia su vida. "Aquí tienes mis manos" (Jn 20, 27), dice a Tomás para iniciar un nuevo camino de fe. El cambio del yo al tú es esencial para una experiencia de amor nuevo. Es algo que le pasa a Pedro: "¡Tú sabes que te quiero!" (Jn 21, 15).

Es necesario que todos nos renovemos espiritualmente, es "tiempo de enamorarse de nuevo" y ofrecer a las nuevas generaciones de niños y jóvenes una espiritualidad fresca, viva, personal, eclesial, comprometida y renovada. Pasarles el Evangelio de Jesús es tarea de esta generación, y hacerlo con espíritu renovado. Particularmente, el ámbito familiar tiene una gran responsabilidad en la trasmisión de la fe a sus hijos. ¿Cómo romper esa rutina espiritual, a veces mortecina, que amortigua la fuerza de ser "fermento y levadura" (Mt 13, 33; Gal 5, 9) para la masa? ¿Qué propuestas se ofrecen para una renovación espiritual?

Hemos de caminar hacia una "conversión espiritual" que nos lleve a superar –en palabras de Francisco– la acedia egoísta (EG 81-83), el pesimismo estéril (EG 84-86), la mundanidad espiritual (EG 93-97), la guerra entre nosotros (EG 98-101). Y dar un paso decidido a una espiritualidad misionera (EG 78-80) y a un sí a las nuevas relaciones que genera Jesucristo (EG 87-92).

2. "Es tiempo de soñar". Renovación pastoral

El sueño al que es llamada la Iglesia para renovarse es a un descentramiento para ser "más del Señor" y "más de la misión", superando así una mirada a sí misma. "¡Es el Señor!" (Jn 21, 7), es el grito del discípulo amado en la mañana de Pascua. "Id" (Mc 16, 7), es la palabra del Resucitado que saca a los discípulos del miedo. Un tiempo de gracia para soñar una Iglesia más misionera y en "conversión pastoral" (EG 25), que es volver al "corazón del Evangelio" (EG 36). Manteniéndonos alegres en el desierto, con lo esencial de la fe y con alegría (cf. EG 86).

Son grandes los dones pastorales que el Señor regala a su Iglesia. También reconocemos en todos nosotros sombras, deficiencias, falta de entusiasmo apostólico, individualismo, desunión… Pero hemos de vivir este momento como un tiempo de Gracia y una llamada, desde la alegría, a la "conversión pastoral" (EG 25), que no es otra cosa que volver al "corazón del Evangelio" (EG 36). ¿Qué propuestas se ofrecen para una renovación pastoral?

Es un momento para pedir como mendigos el don de la fe para el hombre de hoy. Estamos situados en una "fe suplicada"[7] al Señor, como don, y ofrecida a un hombre nuevo, a generaciones nuevas, distintas a las que la mayoría de nuestros sacerdotes y agentes de pastoral han evangelizado en décadas pasadas. Una fe, nueva para tantas personas, que debe surgir por un "… nuevo asombro de fe frente al amor del Padre, que ha entregado a su Hijo, 'para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la Vida eterna' (Jn 3, 16)" (**Juan Pablo II**, *Tertio Millennio Adveniente*, 9).

3. "Es tiempo de construir. Una reforma". Renovación estructural

La asamblea, en su camino de "renovación estructural", nos impulsa a pasos nuevos que nos demandan una lectura atenta de los "signos de los tiempos" (Mt 16, 3). La "vasija de barro" (2 Cor 4, 7) de nuestras existencias y de la propia Iglesia es para transparentar al Señor mismo, su amor que se hace comunión y su aliento que se hace travesía pascual de misión a todos. Todo ello para no velar la gracia que pasa por sus estructuras.

Desde esta clave, hemos de ser "audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras…, y los métodos evangelizadores" (EG 33). Llegando, si es preciso, a "abandonar el cómodo criterio pastoral de 'siempre se ha hecho así'" (EG 33). La "conversión pastoral" pide "una reforma de estructuras" para "procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras" (EG 27). ¿Qué propuestas se ofrecen para una renovación pastoral?

El texto lucano de la curación de un paralítico (cf. Lc 5, 17-24) nos sirvió para meditar sobre el camino de una renovación de estructuras en la Iglesia. Para "llevar al paralitico ante Jesús", unos hombres usan una camilla, símbolo de una Iglesia que busca los medios y estructuras necesarias para la misión de "llevar a Jesús". No le importa "romper el techo de la casa" para un "encuentro con Jesús".

IV. "LO QUE EL ESPÍRITU DICE A LAS IGLESIAS" (Ap 3, 22). Latidos del corazón

En esta fase se busca, sobre todo, descubrir también qué llamadas de fondo nos sugiere el Señor para esta hora, qué dice el Espíritu Santo para este momento eclesial y de nuestro mundo[8]. Estos son los latidos, espirituales y pastorales, escuchados en lo hondo del corazón diocesano:

- La tarea de **"ser discípulos misioneros"** como apasionante y muy necesaria para vivir una espiritualidad apostólica renovada. Existir colgados del cuello del Padre (discípulos) (cf. Jn 1, 18) y vueltos a los hermanos (misioneros) (cf. Mc 1, 35-39) es avanzar en un camino como el de Jesús. Él es el Hijo vuelto al amor del Padre y el Hermano vuelto a sus hermanos, misterio que se desvela en su obediencia y su entrega en la cruz; ese es el paradigma del *discípulo misionero*.

  Discípulo es el que está vuelto al Señor para acoger su amor y su misericordia. "Estar con él…" (cf. Mc 3, 14a). Espiritualidad hacia adentro. *Misionero* es el que, desde el amor acogido, se vuelve a los hermanos para el anuncio del Evangelio y la misión de servir a los pobres y trabajar por la justicia. "Para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios" (cf. Mc 3, 14b.15). Espiritualidad hacia afuera. Este descentramiento, vueltos al Señor y vueltos a su misión, nos parece clave para la espiritualidad de hoy.

- La vida apostólica que **"pone más fuego en el hogar" y "sale al encuentro del hombre de hoy"**, que hunde sus raíces en el corazón de Dios como se muestra en la parábola del Padre de la Misericordia (cf. Lc 15, 11-32) y que nos anima a ese doble camino pastoral de renovación. Y esto nos parece clave para una renovación pastoral hoy. El *ad intra* y el *ad extra* de la vida de la Iglesia no se excluyen, se complementan. Vida y misión constituyen una unidad. »

» Hemos de mirar a la humanidad actual con los ojos del padre de la misericordia (cf. Lc 15, 20). Su misericordia es la clave para comprender la aventura del hombre de hoy. Por ello, nos preguntamos siguiendo la parábola del hijo pródigo: ¿qué hace el padre ante esta situación de una humanidad autónoma, que ha abandonado la casa paterna en una "apostasía silenciosa"? (Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 9). Pues manifestar más hondamente su misericordia. Podemos formularlo en dos gestos: el padre aviva el fuego del hogar, y sale a buscar al hijo que está fuera.

• La hermosa encomienda de crear **"odres nuevos"** (Mc 2, 22), donde se generen nuevas estructuras para llevar a los hombres y mujeres a Jesús y a su misión, es vital para la renovación de personas, comunidades e instituciones. Odres nuevos que nos recreen por dentro (persona) y por fuera (comunidades, instituciones y estructuras) y nos "lleven a Jesús" (cf. Lc 5, 9) y a su misión (cf. Jn 20, 21). "Excederse en amor para que lo visible deje pasar lo invisible, lo institucional deje pasar lo espiritual, la fragilidad deje pasar la firmeza de la Gracia y la historia deje pasar su eternidad. Una renovación incesante, alentada por el Espíritu, se obrará siempre en la Iglesia" (**Marcelino Legido**, *Luz de los pueblos*, Salamanca, 1993, pp. 156-157).

Toda estructura eclesial, llamada a renovarse, ha de tener como roca el cimiento que es Jesucristo mismo (cf. 1 Cor 11, 3); en todo momento tiene que pasar por ella el amor de Jesús para servir a la comunión de todos (1 Cor 13); evitar el ser un fin para sí misma, porque su sentido esencial es para la misión (Mt 28, 19); no puede ser cerrada, sino que debe estar abierta a los más pequeños y pobres (Mt 14, 16); y, por último, ser sencilla, transparente, llena del perfume evangélico de la provisionalidad y la humildad (Mt 6, 33-34). Ha de evitarse toda auto-referencialidad eclesial.

V. PROPUESTAS APOSTÓLICAS QUE LLEVEN A UNA IGLESIA ENCENDIDA PARA LA MISIÓN

La fase final de este camino es la recogida de los frutos, en un trabajo de escucha, discernimiento compartido, análisis y propuestas de sendas que nos lleven al impulso de renovación y conversión espiritual, pastoral y estructural[9].

Propuestas de renovación espiritual

Partiendo del domingo, día del Señor, hemos de despertar e iniciar al misterio de la fe, acompañando el principio y el progreso de la misma, con cercanía y misericordia; en camino espiritual continuo, acogiendo también la espiritualidad del hombre de hoy. Lo resumimos en estas formulaciones:

• **Acoger el don del misterio: la Eucaristía.** Recuperar "el día del Señor" (cf. Jn 20, 19) y el Año litúrgico (SC 102). Vivimos el reto de la vivencia del domingo (SC 106) en medio de una propuesta del "fin de semana", condicionado por obligaciones laborales y ofertas comerciales y de ocio. Manos y corazones abiertos para acoger en las horas, los días y los años este don; y como continuación de la Eucaristía dominical, y naciendo de ella, iniciar a la *lectio divina*, la oración silenciosa personal y comunitaria, en procesos sencillos para todos.

- **Despertar al misterio de la fe.** Nos encontramos ante un hombre nuevo que no tiene experiencia de la fe y es necesario iniciarle, mediante la oración, a la espiritualidad cristiana… Despertar a la fe, desde la cercanía, desde una pedagogía renovada y desde una "fe suplicada". Sería bueno abrir espacios de "oasis de vida", "centros luminosos", "comunidades de contraste", para orar, compartir la vida, iniciar y celebrar la fe… Comparables a centros espirituales (monasterios, conventos, casas de ejercicios, lugares de peregrinación…), donde se ofreciera el agua fresca de la Palabra, la acogida sin prisa, la sanación de heridas, la escucha de los latidos últimos del corazón… Estamos necesitados de "nuevas estructuras espirituales".
- **Acompañar en el misterio/ camino de la fe.** El rostro del Jesús de Emaús (cf. Lc 24, 13-35) es el paradigma de una Iglesia que acoge, escucha y acompaña la fe de los creyentes. El acompañamiento espiritual en la acogida, cercanía y misericordia con todos. Crear cauces de formación de acompañantes. Y abiertos a la espiritualidad de la laicidad (rumor de ángeles), la grandeza del hombre de hoy y sus búsquedas, las ventanas abiertas a la transcendencia en la vida del hombre… En el momento cultural que vivimos, hemos de cuidar propuestas que ayuden a iniciar caminos de encuentro con el Señor.

Propuestas de renovación pastoral

Las podemos sinterizar en este enunciado: la Iglesia que inicia y celebra la fe es la Iglesia que sale a evangelizar y servir, con unos evangelizadores con Espíritu.

- **Anunciar el Evangelio de Jesús.** Los evangelios son la respuesta a un primer anuncio sobre Jesús. ¿Quién es este? ¿Quién es este gran hombre, Jesucristo? (cf. Lc 1, 1-3). Crear un espacio para el primer anuncio donde reflexionar e iluminar las situaciones sociales y religiosas; discernir qué personas, ámbitos, sectores y territorios necesitan un primer anuncio; formar agentes de pastoral del primer anuncio e impulsar acciones de primera evangelización en los ámbitos diocesanos.
- **Avivar el fuego de casa para crear comunidades** ("ciudad puesta en lo alto": cf. Mt 5, 14) que celebren, compartan y sirvan. La "liturgia", como "obra de la salvación" (SC 6), nos lleva a vivir del Señor y en Él. La "comunión" en torno al amor de Jesús nos hermana. La "caridad" nos hace ser servidores unos de otros y hogar para los pobres, "que han de sentir nuestras comunidades como su casa" (Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 50).
- **Iniciar a la vida y misión de la Trinidad** (cf. Ef 1, 3-23), "nuestro inmenso cenáculo" (Marcelino Legido). Es la iniciación cristiana como acogida del don divino (cf. Jn 4, 10), acompañamiento maternal de la Iglesia y apertura al hombre de hoy, merecedor como en todas las generaciones de la gracia divina, mediante un camino de mistagogía.
- **Salir a la misión** (cf. Mc 16, 1-8). La Iglesia, colmada del Espíritu Santo (Act 2, 4), es misionera. Por una parte, hacia un diálogo con el hombre autónomo, tal como venimos hablando. Es el diálogo fe-razón, fe-cultura. Y la otra salida es hacia el hombre caído para curarle sus heridas y tratar las causas que se las producen. Es el diálogo fe-justicia, tan necesario y propio de la Iglesia, sin duda, como los otros.
- **Cuidar la fragilidad del hombre de hoy** (cf. Mt 25, 31-46). Grande y pequeño a la vez. Cuidado que nos lleva al servicio a los pobres, la lucha por la justicia (**Benedicto XVI**, *Deus caritas est*, 28) y al cuidado del universo (cf. Gen 1, 28), casa común (Francisco, *Laudato si'*). Cuidado que lleva a acompañar, discernir e integrar la fragilidad de las viejas y nuevas pobrezas. Una Iglesia de la misericordia, abierta, acogedora, madre y hospital de campaña para los heridos.
- **Formar evangelizadores con Espíritu** (EG 262-283). Animar a los laicos en la vida y misión de la Iglesia, buscando entre todos ampliar los espacios de la presencia de la mujer en la tarea evangelizadora de la Iglesia (EG 103). Sacerdotes para el misterio, la comunión y la misión. Consagrados que vivan el camino de las bienaventuranzas en medio de la Iglesia local.

Propuestas de renovación estructural

Una renovación de estructuras, con la mirada puesta en las personas, en los sectores de evangelización, en los órganos de comunión y en la organización pastoral del territorio, debe:

- **Renovar las personas, comunidades y estructuras, con la mirada puesta en una vuelta a los orígenes: Jesús y el Evangelio** (cf. Mc 1, 1). Esta renovación de la Iglesia no es para sí misma, sino para pasar mejor la Buena Noticia al hombre de hoy, en una Iglesia en salida misionera (cf Mt 28, 19).
- **Fortalecer la comunión de todo el Pueblo de Dios: sacerdotes, laicos y consagrados** (cf. Act 2, 42-47; 4, 32-35). Estructuras que nos conduzcan a acoger, compartir y ofrecer juntos el amor de Jesús a todos. Todo ello lleva a una remodelación de los sectores pastorales (delegaciones, secretariados…) y a la reorganización de los arciprestazgos.
- **Servir con estructuras nuevas a todos,** especialmente a los pobres (Mt 26, 11); para que estos sientan a la Iglesia como un hospital de campaña, abierta, libre, acogedora, cercana… y no encerrada en sus asuntos y procedimientos.

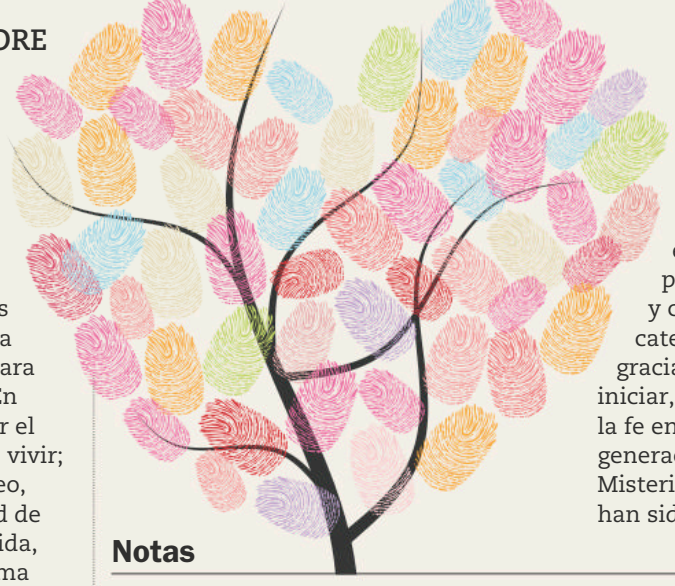
VI. A MODO DE CONCLUSIÓN: "EL SEÑOR ME HACE CAMINAR POR LAS ALTURAS" (Hab 3, 19)

¿Qué nos plantean estas *Orientaciones* de la asamblea? En primer lugar, que es necesario darnos cuenta del momento en el que vivimos. Estamos en 2019, y hoy los retos espirituales, pastorales y estructurales son distintos a los de las últimas décadas del siglo pasado y los primeros lustros de este. Empeñarnos en querer reproducir los mismos esquemas y soluciones no es bueno.

Hoy nos encontramos ante un hombre nuevo, representado en las generaciones de los jóvenes y de las familias jóvenes. Y lo habitual en ellos, salvando excepciones, es que viven sin ninguna experiencia cristiana. No es solo que no "conozcan" algo de lo cristiano, es que no han "gustado" en su interior un encuentro vivo con la fe cristiana. Eso no quiere decir que no lo deseen y que su corazón no esté inquieto »

» en una búsqueda espiritual. Nada de eso. Porque nunca como en el desierto se busca tanto el agua viva y fresca. "Precisamente a partir de la experiencia de este desierto, de este vacío, es como podemos descubrir nuevamente la alegría de creer, su importancia vital para nosotros, hombres y mujeres. En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; así, en el mundo contemporáneo, son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestados de forma implícita o negativa. Y en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza" (Benedicto XVI, *Homilía durante la Santa Misa de Apertura del Año de la Fe*. Roma, 11 de octubre de 2012). Quizá nos encontremos con una de las generaciones jóvenes más deseosa de espiritualidad y más sensibles ante el ser humano y los problemas de la humanidad.

Nuestra asamblea se situó en un contexto espiritual y pastoral nuevo. Y hemos de hacerlo sin rupturas, sumando, en continuidad y en agradecimiento. Quiere situarse en el tiempo de la "iniciación" de la "mistagogía" de la fe. No vivimos en una "fe heredada" por el soporte de un catecumenado social de cristiandad que nos envuelve; no vivimos, siquiera, en una fe que solo necesita instrumentos formativos para "dar razón de ella"; no vivimos principalmente en un momento de solo "explicar la fe" ante una "fe interpelada"; ni solo ofrecer una "fe propuesta"... Vivimos en el tiempo de la "fe perdida", por lo cual hay que caminar y clamar una "fe suplicada", catecumenal y orante. Es una gracia. Estamos en el despertar, iniciar, suscitar, motivar, engendrar la fe en el corazón de las nuevas generaciones. Acercarlos al Misterio hondo de Dios, pues han sido creados para ello. ●



Notas

1. Cf. Diócesis de Salamanca, *Orientaciones de la Asamblea diocesana. Directorio pastoral de la Diócesis de Salamanca*. Salamanca, 8 de octubre 2016.
2. Papa **Francisco**, exhortación *Evangelii gaudium* (EG). Roma, 24 de noviembre de 2013.
3. Desde el principio anotamos aquí los nombres de la Comisión Permanente que, presidida por nuestro obispo, D. **Carlos López**, ha "llevado el peso" de la asamblea. Laicos: **Tomás González, Alfonso Salgado, Alejandro Junco, Miguel Reyes; consagrados: Ricardo de Luis, Inés Cruz, Begoña Antolínez, Pilar Beneitez**; sacerdotes: **Policarpo Díaz, José María Miñambres, Casimiro Muñoz**. A ellos nuestro más sincero agradecimiento y, en ellos, a todos los que participaron en el proceso de la asamblea.
4. Para el tema de "volver a las huellas de Jesús": cf. **Marcelino Legido**, *Entregó su vida en rescate por nosotros*. EDICE, Madrid, 1983.
5. Cf. **Carlos López Hernández**, carta pastoral *Asamblea de renovación misionera de la Diócesis de Salamanca* (Salamanca, 8 de febrero de 2016).
6. En cada una de estas tres fases o tiempos, se ha estudiado, en "Grupos de Asamblea" por toda la diócesis, un cuadernillo con el tema señalado que servía de guía de trabajo. Fueron 209 grupos, con una participación cercana a los 2.100 miembros de la Iglesia diocesana. Cada apartado estaba formado por una comisión integrada por laicos, consagrados y presbíteros: 1. Comisión de renovación espiritual; 2. Comisión de renovación pastoral; y 3. Comisión de renovación estructural.
7. El Año de la Fe (2012-213), convocado por **Benedicto XVI**, invitó a que la Iglesia se vuelva al Señor para suplicar la fe. Fueron de gran luz para la asamblea: Benedicto XVI, *Porta fidei*, 10. (Roma, 11 octubre de 2011) y Francisco, *Lumen fidei* (Roma, 29 de junio de 2013).
8. Se elaboran tres ponencias que recogen todo el fruto de la asamblea: 1. Ponencia de renovación espiritual (Salamanca, enero de 2016); 2. Ponencia de renovación pastoral (Salamanca, mayo de 2016); y 3. Ponencia de renovación estructural (Salamanca, junio de 2016).
9. Las sesiones finales de la asamblea se celebraron en tres fines de semana de septiembre (15-17, 22-24 y 29 de septiembre-1 de octubre de 2016), en Salamanca. Fueron 226 miembros-participantes en la asamblea, presididos por el obispo diocesano: 145 laicos, 39 consagrados y 42 sacerdotes.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN / ESPAÑA: 121,50 € / UE: 181,95 € / OTROS PAÍSES: 174,95 € / **47 NÚMEROS AL AÑO**

Tel: 914 226 240 / **Fax:** 914 226 117 / suscripciones@ppc-editorial.com / **www.vidanuevadigital.com**

Nombre y Apellidos: .....

Dirección: ..... C.P.: .....

Población: ..... Provincia: ..... País: .....

CIF/NIF (DNI): ..... E-mail: ..... Tel: .....

FORMA DE PAGO

☐ Adjunto cheque bancario a nombre de PPC EDIT Y DISTRIBUIDORA, S.A.

P P C

C/ Impresores 2. Urb. Prado del Espino. 28660 Boadilla del Monte (Madrid)

PPC tratará sus datos para gestionar su suscripción siendo la base legal para ese tratamiento la ejecución del contrato. Asimismo, salvo que indique lo contrario marcando esta casilla ☐, da su consentimiento para el tratamiento por las entidades de grupo SM con la finalidad de enviarle comunicaciones de nuestros productos y servicios. Los datos, salvo obligación legal, no serán comunicados a otros terceros que no necesiten conocerlos para la gestión de la suscripción. Puede acceder, rectificar y suprimir los datos, y ejercitar otros derechos legales, dirigiéndose por escrito a nuestro Delegado de Protección de Datos. Para más información, consulte nuestra Política de Privacidad en http://www.vidanuevadigital.com/politica-de-privacidad/

☐ Domiciliación bancaria (rellenar los datos de la cuenta

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	DC	NÚMERO DE CUENTA

Nombre y Apellidos del titular de la cuenta: .....

..... Banco o Caja: .....

Fecha: ..... Firma: .....